

las que forman esta dificultad, sino el apego del corazón á ellas. Quiere Dios que haya ricos en el mundo; pero no quiere que pongan su corazón en sus tesoros, y esto es lo que raras veces sucede. Examínate tú, y mira si te hallas en el caso. Mira, dice san Gregorio, si, en lugar de poseer los bienes temporales, no estás tú poseído de ellos; si tú los posees á ellos, ó ellos te poseen á ti. ¿No tendrás nada que reformar en ese apego, en esa codicia, en esa ansia por adquirirlos? No quiere Dios que descuides de tus bienes temporales; antes quiere que los cuides, que los acrecientes; pero no quiere hagas de ellos tu ídolo. Si quieres ser su discípulo, arregla desde luego tu corazón sobre este punto; y para esto haz todos los días por la mañana y por la noche un sincero despropio de todos tus bienes á los piés de Jesucristo. Dile con sinceridad que le rindes muchas gracias por los bienes temporales que se ha dignado concederte; pero que renuncias con toda el alma todo apego y toda inclinación á ellos, no queriendo tener otra que á los bienes eternos.

2. Acredita este desinterés con tu conducta. Si te sucede alguna pérdida, vuélvete á Dios, y dile con el santo Job: *Dominus dedit, Dominus abstulit, sicut Domino placuit, ita factum est: sit nomen Domini benedictum.* El Señor lo dió, el Señor lo quitó; y segun fué su voluntad, así se hizo; sea su nombre bendito. Ni te alegres porque se adelantan tus negocios, ni te entristezcas porque se pierden. Esta igualdad de humor y de una conducta siempre inalterable es la mejor prueba de tu desasimiento.

DIA QUINTO.

SAN PLACIDO Y SUS COMPAÑEROS, MÁRTIRES.

San Plácido, hijo de Tértulo, senador romano, de una de las mas ilustres y mas antiguas familias de Roma, desde su niñez fué encomendado á la disciplina del gran patriarca san Benito, objeto á la sazón de la veneración y de la admiración de toda Italia. A los siete años de su edad le llevó su padre al santo patriarca para que le educase por si mismo en el monasterio de Sublac. No podia menos de producir excelentes frutos aquella tierna planta, cultivada por tan diestra mano, y en tierra tan fértil de santos. Habia nacido el niño Plácido con tanta propension á la virtud y con tan bellas disposiciones para el estado religioso, que á pocos dias de su residencia en Sublac fué la admiración de todo el monasterio. No le espantaron los penosos ejercicios de la austera vida que se hacia en él; tan lejos de necesitar que le animasen á llevar aquel pesado yugo, superior á las fuerzas naturales de su tierna edad, fué menester tirar de la rienda á su fervor. Quería Plácido asistir á todos los actos de comunidad, y practicar todas las penitencias que hacian los demás. Causaba verdaderamente admiración ver aquel niño entrar el primero en el coro para cantar día y noche las alabanzas del Señor, y valerse de muchísimas industrias para mortificar su inocente carne. No hubo novicio mas devoto, mas humilde, ni mas obediente que él. Animábanse los mas antiguos con el ejemplo del niño Plácido. Refiere san Gregorio que, enviándole un día á sacar agua de

cierta laguna inmediata al monasterio, cayó en ella con el peso de la herrada, y las olas le llevaron dentro de la laguna hasta un tiro de piedra distante de la orilla. Estaba san Benito en su celda, y revelándole Dios aquel triste accidente, llamó á su discípulo Mauro, y le mandó que prontamente acudiese á socorrer al niño Plácido. Llegó Mauro á la laguna, y sin pensar siquiera en el peligro á que se exponía, se metió intrépidamente por ella, caminando por las aguas milagrosamente endurecidas, y cogiendo á Plácido por los cabellos, le sacó á la orilla con duplicado milagro.

Luego que Plácido volvió en sí, le preguntaron en qué pensaba cuando se vió en medio del agua, y ya á punto de ahogarse. Respondió que, cuando sintió que le tiraban por los cabellos, vió sobre su cabeza la piel que servía de hábito á san Benito, y que el santo abad le había tenido de la mano todo el tiempo que estaba en el agua, para que no se hundiese en ella.

Después de este lance, hizo Plácido aun muchos mayores progresos en el camino de la perfección. Al paso que iba creciendo en edad, iba también adelantándose en sabiduría, en prudencia y en virtud. Amábase el santo patriarca como á uno de sus más queridos discípulos, previendo con luz profética que había de honrar la religión, siendo el primero que la ilustrase con la corona del martirio. Era Plácido el compañero ordinario del santo abad; y así como el Salvador escogía á los discípulos más amados para testigos de sus maravillas, de la misma manera, siempre que san Benito había de hacer algún milagro, llevaba por socio á Plácido. Cuando hizo brotar de las entrañas de un duro peñasco una copiosa fuente para servicio del monasterio, quiso que Plácido fuese testigo de aquel prodigioso suceso; y cuando fué san Benito á echar por tierra los ídolos que se adoraban en el

Monte Casino, y á fundar en él, por decirlo así, la casa patriarcal de su orden, llevó á Plácido por su compañero.

Es verdad que ningún discípulo dió nunca más honra á su maestro que nuestro jóven Plácido daba al suyo. Cada día crecía más su fervor, y cada día crecía también más su humildad, su devoción y su puntualidad en la observancia de las menudas reglas.

Habiendo hecho donación á san Benito el señor Tértulo, padre de nuestro santo, de muchas y grandes posesiones que tenía en Sicilia, resolvió el santo patriarca enviar allí á su amado discípulo Plácido para que fundase un monasterio, y le dió por compañero á Donato y Gordiano, dos santos monjes de la casa de Monte Casino. Dióles su bendición, comunicándoles su espíritu, y les mandó partir para aquella apostólica expedición. En Capua fué recibido san Plácido con grandes demostraciones de ternura y de veneración por san German; en Benevento por san Martin; en Canoso por san Sabino; en Regio de Calabria por san Sisinio, obispos todos respectivamente de dichas ciudades; porque en aquellos felices tiempos eran pocos los obispos que no fuesen santos. En todas partes iba el nuestro obrando grandes milagros; pero su humildad los atribuía todos á su santo patriarca. Cuando aportó á Mesina, fué recibido como un ángel del cielo por el señor Maselino, amigo antiguo de su padre Tértulo. Por más instancias que le hizo aquel caballero para que descansase algunos días en su casa, no lo pudo conseguir; siendo una de las máximas de nuestro santo, que los monjes nunca debían detenerse en casa de seglares.

Fuó su primer cuidado fabricar un monasterio, no distante del puerto de Mesina, cuya iglesia dedicó á san Juan Bautista. Hacia todos los días en la isla admirables conversiones, y estas le ganaron crecido número

de caballeros jóvenes, destinados por el cielo para formar aquella nueva colonia. Treinta de ellos renunciaron todos sus bienes, y abrazaron desde luego la vida monástica. En poco tiempo fué el monasterio de Sicilia una viva copia del de Monte Casino; porque todas las virtudes de san Benito resplandecian en su verdadero discípulo san Plácido. Aunque era de poca salud, y de muy delicada complexion, siempre excedian sus penitencias á las que llevaba de suyo el rigor de su instituto. Era continuo su ayuno, y su ordinario sustento se reducía á leche, agua y algunas raíces, añadiendo los martes, los jueves y los domingos algunos mendrugos de pan. En las cuaresmas pasaba muchos dias sin comer ni beber. Nunca usó otra cama que la de una silla muy dura y sin respaldo donde, arrimado contra la pared, tomaba dos ó tres horas de sueño por la noche, y lo restante de ella pasaba en oracion. Siendo tan áspero consigo, ningun superior fué nunca mas blando con los demás, ganándole los corazones de todos una dulzura y una caridad inalterable. Unido siempre íntimamente con Dios, ni los negocios le distraian, ni le disipaban los molestos cuidados de una comunidad que se iba entonces formando. Su tierna devocion á la santísima Virgen fué como el manantial de aquellas gracias extraordinarias, de aquellos singulares favores con que el cielo le regalaba continuamente; y se asegura que por el don de milagros era venerado como el Taumaturgo de su siglo. Con sola la señal de la cruz y con una breve oracion curó en cierto dia un prodigioso número de enfermos que concurrieron á la puerta del monasterio á pedir su bendiccion, de manera que en menos de un año se hizo célebre el nombre de Plácido en toda la isla.

Gobernó su monasterio con una prudencia tanto mas admirable, quanto menos regular en un mozo

que se hallaba todavía en lo mas florido de su juventud. Suplia la virtud lo que faltaba á la edad, verificándose en su conducta lo que escribia san Pablo á su querido Timoteo: *Que la santidad tiene el lugar de todo* (cap. 4). Habia cuatro ó cinco años que nuestro santo llenaba de maravillas á toda Sicilia, siendo el gozo y la gloria de su padre san Benito, cuando dos hermanos suyos menores Eutiquio y Victorino, que nunca le habian visto, y otra de sus hermanas, por nombre Flavia, hicieron un viaje desde Roma á Sicilia por el consuelo de conocerle, aunque impeliéndolos mas la fama de su eminente santidad, que la ternura de su sangre. Fué reciproco el gozo; y así la conversacion como los ejemplos de Plácido hicieron tanta impresion en los dos hermanos y en la hermana, que todos estaban resueltos á renunciar los bienes de la tierra para trabajar únicamente en los eternos del cielo, cuando la divina Providencia les abrevió mucho el camino para conseguir la eterna felicidad.

El famoso pirata Manuca, uno de los hombres mas encaprichados en las supersticiones del gentilismo, hizo un desembarco en Sicilia, y se echó luego sobre el monasterio de San Juan Bautista, que estaba inmediato al puerto. Entraron en él los bárbaros, hicieron prisionero á Plácido con todos sus monjes, entrando tambien en el mismo número Eutiquio y Victorino, con su hermana Flavia, y á todos los cargaron de cadenas.

Preguntó el bárbaro á Donato, compañero de san Plácido, si era cristiano; y respondiéndole este con santa intrepidez que no solo tenia la dicha de serlo, sino tambien la de ser monje, le dividió en dos partes la cabeza con un golpe de cimitarra. Hizo venir despues á su presencia toda aquella tropa de gloriosos confesores de Jesucristo, y no perdonó promesas ni amenazas para pervertirlos; pero él mismo quedó

asombrado de la constancia y de la magnanimidad de los santos mártires. Protestaron todos á voz en grito que eran cristianos; que quisieran tener muchas vidas para sacrificarlas todas en obsequio de la religion; y que, lejos de temer la muerte, envidiaban todos la dicha de aquel compañero suyo que habia logrado el primero la palma del martirio. Irritó al tirano tan generosa respuesta, y mandó que á todos los despedazasen á azotes, haciéndolos despues atormentar con inaudita crueldad; y cargandolos de prisiones, ordenó que los encerrasen en un lóbrego calabozo donde estuvieron siete dias sin probar bocado; en cuyo tiempo animaba san Plácido á sus santos compañeros con fervoroso zelo y con cristiana elocuencia. Sus dos hermanos, y sobre todo su hermana, lejos de llorar su desgraciada suerte, consideraban aquella que parecia funesta casualidad, por la mayor dicha que les pudiera suceder, atribuyendo á las oraciones de su santo hermano la inestimable gracia que les tenia preparada la divina Providencia.

Entre tanto, viendo los bárbaros su invencible constancia, á pesar de los palos y de los malos tratamientos que les hacian sufrir todos los dias, determinaron quitarles la vida antes de volverse a embarcar. Hicieron otra tentativa para que renunciassen la fe; pero san Plácido, hablando en nombre de todos, desengañó al tirano, diciéndole que serian vanos todos sus esfuerzos, y que antes bien debia él mismo mirar por su salvación, y renunciar sus paganas supersticiones; que los ídolos á quienes él rendia cultos eran inanimadas estatuas, sin fuerza y sin movimiento, imágenes despreciables de divinidades quiméricas; que no habia otro Dios que aquel que adoraban los cristianos, criador del universo, árbitro de nuestra eterna suerte, y supremo juez que en breve habia de ser de todos. Interrumpióle el bárbaro, que

ya no podia sufrir la generosa intrepidez del santo mártir, y mandó que con un duro guijarro le hiciesen pedazos los dientes y las mandibulas. No contento con esto, para que no pudiese hablar, le mandó arrancar la lengua hasta la misma raiz; pero el que perdió la lengua por amor de Jesucristo, no por eso perdió el uso de ella; antes bien, con asombroso prodigio, prosiguió hablando con voz mas clara, mas sonora y mas corpulenta que nunca; maravilla que convirtió á muchos gentiles, pero no convirtió al tirano; antes mas y mas enfurecido, temiendo algun alboroto popular, mandó que á todos les cortasen la cabeza. Fueron conducidos á la orilla del mar, sitio señalado para la ejecucion del suplicio. Luego que llegaron á él, se hincaron todos de rodillas, y ofrecieron á Dios el sacrificio de sus vidas. San Plácido, cuya milagrosa voz esforzaba mas y mas al valor de los generosos mártires, hizo en nombre de todos esta devota oracion á Jesucristo: *Salvador mio Jesucristo, que te dignaste padecer muerte de cruz por nuestra salvacion, sé propicio á estos tus humildes siervos: dadnos constancia hasta el fin, y haznos la merced de que seamos asociados al coro de tus santos mártires; consérvanos intrépidos hasta el último momento de nuestra vida, y dignate aceptar el sacrificio que te hacemos de ella.* Toda la bienaventurada tropa respondió inmediatamente: *Amen*; y en el mismo punto fueron sacrificadas todas aquellas inocentes victimas el dia 5 de octubre del año 541, en número de treinta y tres, siendo las mas célebres Plácido, de edad de veinte y cuatro años, Fausto y Firmato, diáconos, Eutiquio y Victorino, hermanos de nuestro santo, y su santa hermana Flavia.

Acabada esta carnicería, pusieron fuego los bárbaros al monasterio, demoliéronle, y profanaron la iglesia. Hecho esto, se volvieron á embarcar; pero reci-

bieron luego el castigo de su barbaridad, porque, apenas se hicieron á alta mar, estando todavia en frente del Faro de Mesina, cuando se levantó una furiosa tormenta, en la cual perecieron todos, sin salvarse ni uno solo. Hallábase á la sazón ausente del monasterio Gordiano, uno de sus monjes, y cuando volvió á él, encontró todavia enteros los cuerpos de los mártires junto á la orilla del mar. Dióles sepultura en la iglesia, donde permanecieron hasta el siglo déimosexto, en que fueron hallados y elevados de la tierra con grande solemnidad casi mil y cien años despues de su glorioso martirio, honrando Dios con muchos milagros aquella magnífica traslacion.

La misa es en honor de los santos mártires, y la oracion la que sigue :

Deus, qui nos concedis sanctorum martyrum tuorum Placidi, et sociorum ejus natalitia colere : da nobis in æterna beatitudine de eorum societate gaudere. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que nos haces la merced de que celebremos el nacimiento al cielo de los santos mártires Plácido y sus compañeros ; concédenos que tengamos la dicha de gozar en su compañía de su eterna bienaventuranza. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 10 del apóstol san Pablo á los Hebreos.

Fratres : Rememoramini pristinos dies, in quibus illuminati magnum certamen sustinuistis passionum : et in altero quidem opprobriis et tribulationibus spectaculum facti : in altero autem socii taliter conversantium effecti. Nam et vincitis

Hermanos : Traed á la memoria aquellos dias primeros, en que, habiendo sido iluminados, sufristeis un gran conflicto de tormentos, un dia siendo hechos el espectáculo de oprobio y de tribulacion, otro siendo hechos compañeros de los que

compassi estis, et rapinam bonorum vestrorum cum gaudio suscepistis, cognoscentes vos habere meliorem, et manentem substantiam. Nolite itaque amittere confidentiam vestram, quæ magnam habet remunerationem. Patientia enim vobis necessaria est : ut voluntatem Dei facientes, reportetis promissionem. Adhuc enim modicum aliquantulum, qui venturus est, veniet et non tardabit. Justus autem meus ex fide vivit.

se hallaban en tal estado. Porque tuvisteis compasión de los encarcelados, y llevásteis con alegría que os hurtasen vuestros bienes, conociendo que vosotros tenais una hacienda mejor y mas duradera. Y así no querais perder vuestra confianza, la cual merece una gran recompensa. Por cuanto la paciencia os es necesaria para que, haciendo la voluntad de Dios, poseais lo que os está prometido. Porque despues de muy poco vendrá el que ha de venir, y no tardará. Pero mi justo vive de la fe.

NOTA.

« Escribióse esta epístola antes de la destruccion del templo de Jerusalem, como parece por todo lo que dice en ella el Apóstol de los sacerdotes y de los sacrificios de la ley. Tambien da á entender bastante-mente que se escribió en Italia, pues dice al fin de ella: *Los hermanos de Italia os saludan.* »

REFLEXIONES.

El tiempo que resta es corto, y muy corto. Vendrá el que ha de venir, y no tardará. Pocas verdades hay en nuestra religion de que generalmente estén todos mas convencidos que de esta. El tiempo de esta vida es breve, y muy breve; no bien comienza á correr cuando llega á su término. La vida mas dilatada pasa con la mayor rapidez; a los ochenta años de edad se considera toda la serie de los dias vividos como un precipitado arroyo, que á pocas horas que cese de llover,

deja en seco la madre, despues de hacer mucho ruido. En la hora de la muerte se representa como un sueño la mas avanzada edad: todo el mundo discurre así, y habla así; pero ¿qué efecto produce este universal convencimiento? ¿se aprovecha, por lo menos, este brevisimo tiempo? ¿se procura beneficiar este corto número de dias que se nos escapan? ¡Ah, que todo el estudio se dedica à malograr este tiempo! Tiénese un pleito; ¡qué de diligencias no se hacen cuando se acerca el tiempo de votarle! ¡qué cuidado en informar bien à los jueces! ¡qué desvelos para poner los autos en buen estado! ¡qué solicitud en granjear las voluntades de todos los que nos pueden hacer daño! Dentro de tres dias se ha de votar mi pleito; pues privome de todas las diversiones, niégome à todos los convites, echo à un lado todo otro negocio. Todos admiten por legitima esta excusa; y todos tendrian por un hombre imprudente, necio, loco, insensato, à quien no lo hiciese así. El tiempo de la vida es breve: lo que nos resta de este tiempo lo es mucho mas: el supremo juez no puede tardar: cada dia estamos en visperas de que se sentencie nuestro pleito, y el negocio ciertamente es de consecuencia. Trátase no menos que de nuestra eterna bienaventuranza, ó nuestra eterna desdicha. La sentencia es sin apelacion, es irrevocable; y con todo eso, no pensamos mas en disponer favorables los autos que si no nos tocara este negocio. Pregunto: pudiéramos vivir mas tranquilos ni mas serenos si tuviéramos revelacion de que habiamos de vivir ochenta años? Asústanos, sobresáltanos la menor enfermedad; pero ¿quién nos asegura en la mas robusta salud? Es artículo de fe que la muerte nos ha de coger cuando menos lo pensemos: nunca se piensa en morir sino al mismo tiempo que se muere; ¿qué cosa será extravagancia, qué cosa será insensatez, si no lo es la falsa seguridad que se tiene en este punto? Mas ya, si esta

locura, reconocida por tal de todos los prudentes, sirviera siquiera de disculpa; pero ¿cuándo gozó este privilegio? ¡Cosa extraña! vase acercando la vida à los ochenta años: conócese que las fuerzas se disminuyen; la máquina se descompone; los dolores, los ayes, las enfermedades, la pesadez, la debilidad, todo nos anuncia la sepultura; todo nos previene que se va acercando el juez; y con todo eso, esos viejos medio podridos, en lugar de pensar en la muerte, solo piensan en vivir. Toda su aplicacion, todos sus desvelos, todo su estudio es buscar remedios para prolongar la vida, y para persuadirse à sí mismos que todavia están muy distantes de la muerte. Todo cristiano cuerdo, por mozo que sea, debe considerar cada dia como si fuera el último de su vida, aprovechando el dia de hoy como si no hubiese de llegar à mañana. ¡Y será prudencia en un hombre de avanzada edad, en un anciano achacoso, no prepararse cada dia para morir, sino pensar únicamente en el modo de alargar la vida! ¡Buen Dios, cuánto se opone esta conducta, no solo à la religion, sino al buen juicio!

El evangelio es del cap. 24 de san Mateo.

In illo tempore : Sedente Jesu super montem Oliveti, accesserunt ad eum discipuli secretò, dicentes : Dic nobis, quando hæc erunt? et quod signum adventus tui, et consummationis sæculi? Et respondens Jesus, dixit eis : Videte ne quis vos seducat. Multi enim venient in nomine meo, dicentes : Ego sum Christus : et multos seducent. Audituri enim estis prælia, et opinio-

En aquel tiempo : Estando Jesus sentado encima del monte Olivete, se llegaron à él sus discípulos en secreto, y le dijeron : Dínos à nosotros, ¿cuándo sucederán estas cosas? ¿y cuál será la señal de tu venida, y de la consumacion del siglo? Y respondiendo Jesus, les dijo : Mirad no os engañe alguno. Porque vendrán muchos con mi nombre, diciendo : Yo soy Cristo, y seducirán à muchos. Oi-

nes præliorum. Videte ne turbemini oportet enim hæc fieri, sed nondum est finis: consurget enim gens in gentem, et regnum in regnum, et erunt pestilentie, et fames, et terremotus per loca. Hæc autem omnia, initia sunt dolorum. Tunc tradent vos in tribulationem, et occident vos: et eritis odio omnibus gentibus propter nomen meum. Et tunc scandalizabuntur multi, et invicem tradent, et odio habebunt invicem. Et multi pseudoprophetae surgent, et seducunt multos. Et quoniam abundabit iniquitas, refrigescet charitas multorum. Qui autem perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.

réis, pues, hablar de guerras, y de rumores de guerras. Cuidad de no turbaros, porque conviene que sucedan estas cosas; pero todavía no es el fin. Porque se levantará gente contra gente, y reino contra reino; y habrá pestilencias y hambres, y terremotos en esta y aquella parte. Pero todas estas cosas son solo el principio de los dolores. Entonces os entregarán á la tribulación, y os harán morir: y seréis aborrecidos de todas las naciones por causa de mi nombre. Y entonces se escandalizarán muchos, y se harán traicion mutuamente, y se aborrecerán unos á otros. Y se levantarán muchos falsos profetas, y seducirán á muchos. Y por haber sobreabundado la iniquidad, se resfriará la caridad en muchos. Pero el que perseverare hasta el fin, ese será salvo.

MEDITACION.

DE LAS MUCHAS COSAS FALSAS QUE HAY EN EL MUNDO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el mundo está lleno de falsas ideas que ocupan, de falsas brillanteces que engañan, de falsas aprensiones que alucinan, de falsos principios que deslumbran, de falsas máximas que pervierten y todo lo trastornan. Falsos bienes, falsos honores, falsos deleites, falsos gustos, falsa libertad, falsa paz y

felicidad quimérica. Esos aparentes dichosos del siglo no son mas que dichosos de teatro. Es el mundo una perpetua comedia, y cada uno representa en ella su papel lo mejor que puede; el que mejor le representa es el mas aplaudido; pero si el rey, si el soberano, si el conquistador no sacan otro provecho que los aplausos de los concurrentes, son harto dignos de compasion. Representen enbuenhora el papel de principe, de héroe, de conquistador; pero al cabo solo son personajes de teatro. ¡Qué bien que lo representaron! ¡qué bellamente lo hicieron! A esto se reduce todo; acabóse la comedia, y ya no son nada de lo que entonces parecian. ¡Buen Dios! ¿Puede haber mas falsa felicidad? Bien se puede decir que lo falso es lo mas comun; y si es lícito hablar así, lo falso es lo mas verdadero que hay en el mundo. En todos sus estados y en todas sus condiciones reina la simulacion. Falsa amistad; porque vamos claros: entre tantas protestaciones, entre tantas demostraciones de amistad, ¿dónde hay cosa mas rara en el mundo que una amistad verdadera? Falsa alegría; ¡qué semblante tan risueño nos presenta! Todo él parece sembrado de flores; no se habla de otra cosa que de gustos y de pasatiempos; pero debajo de aquella preciosa gala, debajo de aquel pomposo y rico vestido, ¡qué mortales cuidados no se encubren! ¡qué amargos llantos en secreto! ¡qué suspiros, qué tristeza! No, no nos vengán los mundanos á ostentar tanto su estado, sus tierras, sus posesiones, sus rentas, sus empleos, ni los regalos de su espléndida mesa; sus platos están todos sazonados con mucha hiel, esta es su ordinaria salsa: nacen las cruces en el mismo trono, y por todas partes está derramada la amargura. Procúrase, es verdad, y este es el estudio mas universal y mas ordinario de las gentes del mundo, procúrase adormecer los cuidados,